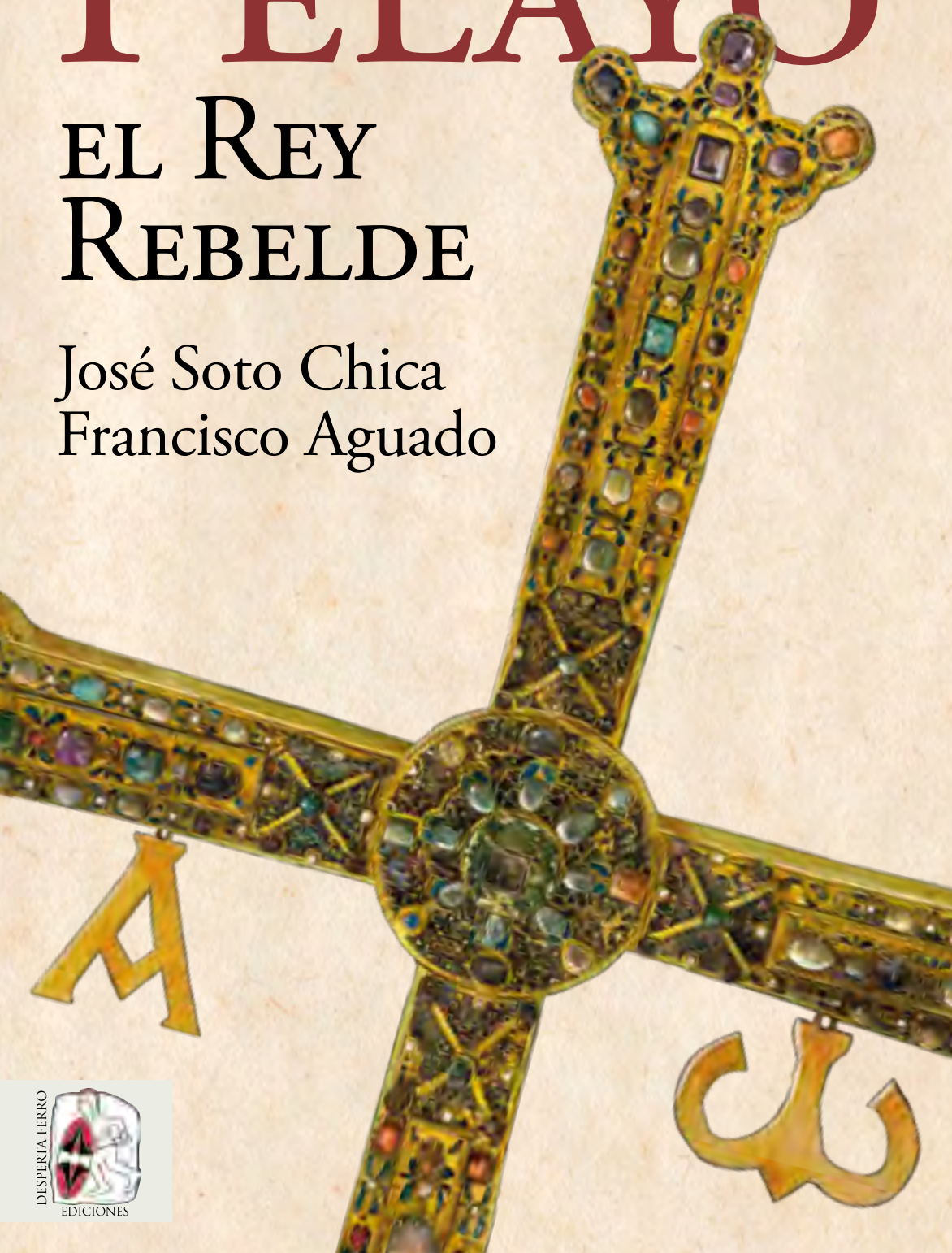
Pelayo

el Rey Rebelde

José Soto Chica
Francisco Aguado



DESPERTA FERRO
EDICIONES

PELAYO

DESPERTA FERRO
EDICIONES

PELAYO

EL REY REBELDE

José Soto Chica
Francisco Aguado

DESPERTA FERRO
EDICIONES

Pelayo. El rey rebelde
Soto Chica, José y Aguado, Francisco
Pelayo. El rey rebelde / Soto Chica, José y Aguado, Francisco
Madrid: Desperta Ferro Ediciones, 2026. – 328 p., 8 de lám.: il. ; 23,5 cm – (Historia Medieval) – 1.ª ed.
D.L.: M-25590-2026
ISBN: 979-13-991538-2-8
94(460)"0718/0722"
94(460):355.48

PELAYO
El rey rebelde
José Soto Chica y Francisco Aguado

© de esta edición:
Pelayo. El rey rebelde
Desperta Ferro Ediciones SLNE
Paseo del Prado, 12 - 1.º derecha
28014 Madrid
www.despertaferro-ediciones.com

ISBN: 979-13-991538-2-8
D.L.: M-25590-2026

Diseño y maquetación: Raúl Clavijo Hernández / Raquel Torrenteras Palancar
Cartografía: Desperta Ferro Ediciones
Coordinación editorial: Isabel López-Ayllón Martínez

Primera edición: noviembre 2026

Todas las imágenes de este libro son de dominio público salvo aquellas en las que se especifica otra fuente.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Todos los derechos reservados © 2026 Desperta Ferro Ediciones. Queda expresamente prohibida la reproducción, adaptación o modificación total y/o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento ya sea físico o digital, sin autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo sanciones establecidas en las leyes.

Impreso por: Anzos

Impreso y encuadernado en España – *Printed and bound in Spain*

Dedico este libro a mi pueblo, Santa Fe,
donde culminó la odisea iniciada por Pelayo.
Amo la historia de nuestro país: romanos, godos,
andalusíes, sefardíes… de todos ellos estamos hechos
y con su impulso, en Santa Fe, con la firma de sus
capitulaciones en 1492, completamos el mundo
y lo hicimos uno.

José Soto Chica

Para dos niñas maravillosas, Daniella y Bianca Pérez Loché, que hicieron de nuestra visita en común a Covadonga un recuerdo eterno. Para siempre quedan vuestros juegos con el agua bajo la roca viva del Monte Auseva, el rezo del Ave María en la Santa Cueva y el paseo nocturno bajo la mirada de Pelayo en su pedestal del cueto. Con ojos de infinito interés seguisteis los relatos de un reino en el museo, para luego andar incansables en Cangas de Onís y su puente medieval, impulsadas por el deseo de descubrir algo nuevo.
Gracias por esa maravillosa curiosidad y vivir con ilusión cada pequeño detalle. Fue un regalo compartir aquel día con vosotras.
Que la Santina os acompañe
y guarde en cada paso, y conservéis el deseo de aprender
y conocer el mundo, de hoy y del pasado. Con todo mi cariño.

Francisco Aguado

DESPERTA FERRO EDICIONES

Índice

Agradecimientos IX
Prólogo XI

Capítulo 1 Una batalla para un comienzo 1
Capítulo 2 El mundo y la gran expansión árabe 31
Capítulo 3 Los rivales del califa: imperios, reinos y pueblos no sometidos hacia el 711 69
Capítulo 4 La conquista árabe del África bizantina 77
Capítulo 5 El reino visigodo en vísperas de la conquista árabe 97
Capítulo 6 Pelayo y la conquista árabe de la Hispania visigoda 125
Capítulo 7 Pelayo, el asedio árabe de Constantinopla y Covadonga 169
Capítulo 8 Las fechas de la batalla de Covadonga 207
Capítulo 9 El reino de Pelayo: entre la supervivencia y la destrucción 233
Capítulo 10 El legado de un rey rebelde 283

Bibliografía 291
Índice analítico 309

Agradecimientos

Este libro ha sido muy especial. Dos amigos se arrojaron de cabeza a uno de los periodos más complejos de la historia y han tratado de rescatar la figura de uno de los personajes más importantes y escurridizos del pasado: Pelayo, el tan célebre como desconocido caudillo rebelde que se alzó para enfrentar al Imperio más grande que el mundo hubiera contemplado hasta entonces.

Pero parece que hemos logrado salir de la aventura con un libro bajo el brazo y eso ha sido posible gracias al apoyo y aliento de un buen puñado de gente maravillosa. Queremos dar las gracias, en primer lugar, a nuestros editores de Desperta Ferro: Alberto, Carlos y Javier y a todo su equipo y muy particularmente a Isabel. Gracias, también y muy especiales, al periodista y escritor Javier d'Ors, al fotógrafo Alberto R. Roldán, al profesor de historia Asier Rojo Fernández y al montañe-

ro José Ramón Fernández-Cueto Arguedas, por haber subido hasta El Homón de Faro y habernos regalado sus observaciones, impresiones y maravillosas fotografías.

Gracias, asimismo, al general de brigada don Pedro Luis Gutiérrez Alcalá, al coronel don Minervino Pérez Costales y al teniente coronel don Daniel Alonso Rupérez, por haber visitado los escenarios y ofrecernos su afinado parecer logístico y táctico sobre cómo se pudo desplegar una fuerza, su tamaño y el modo de combatir allí.

Gracias a Yeyo Balbás, compañero y amigo, por leer algunos pasajes del libro y compartir con nosotros su enorme erudición. En una noche fabulosa, los tres, con los mapas del Servicio Geográfico del Ejército desplegados y revisando cada párrafo de las crónicas asturianas, debatimos sobre la batalla librada entre Pelayo y Al Qama. Después, y durante meses, en correos y llamadas de teléfono, compartimos opiniones y datos sobre otros muchos aspectos del periodo. Gracias, Yeyo.

Agradecimientos de José Soto. Como siempre, he tenido el auxilio de mi sobrino y amigo, rastreador de ejércitos, explorador de perdidos manuscritos y mago de la informática, Jorge Juan Soto, y de mi amigo Juanjo Sánchez, jefe de servicio del préstamo interbibliotecario de la UGR. Doy las gracias también al doctor Francisco Jiménez Espejo, al catedrático Emilio Delgado, al letrado Jorge Navarro, al historiador Miguel Navarro y a Miguel Martín, que leyeron el manuscrito y me ofrecieron sus impresiones, aportándome, además, puntos de vista, críticas y correcciones muy agudas. De forma especial, debo dar las gracias a Kenza y Ciro por su continuo apoyo y cariño. Sois lo mejor que tengo. Nunca lo olvidéis.

¿Y de quien no puedo tampoco olvidarme nunca? ¡De mis gatos! Kira y Wendy, por ronronearme y frotarse conmigo cuando las horas de estudio y escritura se alargaban más allá de lo razonable y necesitaba un poco de magia gatuna para continuar adelante.

Agradecimientos de Francisco Aguado. Una vez más, sin mi compañera de vida y escritos, Ana Cadena, nada de esto habría podido llevarse a cabo, incansable buceando en la bibliografía, ofreciendo resúmenes y advirtiendo sobre lapsus o repeticiones. Tampoco puedo dejar de señalar aquí el cálido apoyo y los valiosos consejos de nuestra amiga Victoria Eugenia Rivero Moreno, cuya sensatez y gran calidad humana son como un soplo de aire fresco. Finalmente, gracias a mi maestro, el catedrático don Ángel Álvarez Arenal, que me enseñó lo más importante, el amor al saber y el método científico.

Prólogo

Pelayo. Ese nombre, por sí solo, evoca ya la rebeldía de un hombre indomable que, contra toda esperanza, se mantuvo en pie y bravo frente a un poder que parecía imparable; un poder ante el cual, imperio tras imperio, reino tras reino, pueblo tras pueblo, habían ido hincando la rodilla.

Resulta de verdad notable que, siendo la semilla germinal del Reino de Asturias y, a su través, de León, Castilla, Portugal y España, a Pelayo se le haya querido dejar tan de lado, minusvalorando su gesta y hasta negando su existencia. Y ello pese a haber sido un hombre alzado contra un imperio colosal que tenía a gala convertir en «sometidos» a cuantos vencía. Aunque, bien pensado, quizá sea precisamente por eso, por la incomodidad que, en algunos, ayer como hoy, genera la rebeldía del pequeño contra el poderoso; del que no se somete; del que no atiende a más razón que la de su libertad y su esencia.

Este libro será, por tanto, un libro dedicado a un hombre incómodo. A un rey incómodo. Un hombre que nació en un poderoso reino, el de la Hispania visigoda; que perteneció a su élite; que participó de sus luchas despiadadas por el poder, y que vivió en una época marcada por una crisis climática, una pavorosa pandemia, la guerra civil y la invasión de una potencia extranjera. Un hombre que, ante sus propios ojos, vio desaparecer, bajo el peso de tantos infortunios, su mundo y su libertad.

Transformado en rehén, en *dimmí*, esto es, en «sometido», optó por alzarse y combatir cuando hacerlo parecía imposible. Su gesta fue sostenerse. Resistir. Legar a su hijo un reino que, como mucho, contaba con 20 000 kilómetros cuadrados de extensión y 140 000 habitantes, pero que seguía viviendo, desafiante y libre, frente al imperio contra el que se había rebelado: un imperio quinientas sesenta veces más extenso y quinientas veces más poblado.[1] Nunca tan pocos lucharon contra tantos y permanecieron en pie. Ese, y no otro, es el legado de Pelayo, del rey rebelde. Y, por eso, vale la pena rescatarlo y devolverlo a las manos de quienes quieran mirar al pasado sin prejuicios ni presentismos estériles.

Será, por tanto, un Pelayo complejo el que aquí buscaremos. No podría ser de otra manera: pleno de contrastes, de luces y sombras, de enigmas… Y, sobre todo, aferrado a una certeza inconmovible: la de no someterse a más razón que la suya. Su lucha fue desesperada; su herencia, salvar los restos de un mundo que se derrumbaba. Retazos, pedazos, fragmentos de historia e identidad, a los que él, con osadía y acero, dio nuevas fuerzas y nuevos senderos.

Notas

1 En nuestra opinión, el reino de Pelayo en el 737 se extendía desde el río Eo, al oeste, al Nervión, al este, y desde el mar Cantábrico, a lo que hoy son las regiones más norteñas y montañosas de León, Palencia y Burgos, justo antes de los pasos que dan acceso a Asturias y Cantabria. En cuanto al Califato omeya, tras la conquista del Reino visigodo en el 711 y del valle del Indo ese mismo año, alcanzó su máxima extensión, algo más de 11 000 000 de kilómetros cuadrados que se prolongaban desde el Atlántico marroquí por el oeste, al valle del Indo y el valle de Ferganá por el oriente, pero excluyendo de ellos el norte de Irán, las regiones plenamente saharianas y algunas regiones no sometidas efectivamente en el Cáucaso y Asia Central. Inmenso imperio que contaba, como poco, con 67 000 000 de habitantes. Cifra esta última que era quinientas veces superior a los, como mucho, 140 000 habitantes del reino de Asturias legado por Pelayo a su hijo Favila.

I

Una batalla para un comienzo

¡Mira, la cohorte de los cristianos vuelve ante ellos
la espalda sacudida por terribles horrores y temblando,
huye por las laderas de los montes
y por parajes intransitables!

De tempore belli, vv. 50-55[1]

Asturia Transmontana. Bosques umbríos y verdes prados se suceden en una alternancia de sol y niebla. En la lejanía, los salvajes Picos de Europa[2] que, en las tierras de los antiguos astures y cántabros parecen desgarrar las nubes y poner a prueba a las águilas y, delante, al otro lado de los ríos Salia y Enna,[3] Cánicas, una gran aldea, un *vicus viarius*, conformado por casas dispersas y entreveradas de herrerías y talleres. Cánicas no es una ciudad, desde luego, pero sí un lugar con suficiente población y riqueza en ganado y pastos como para llamar la atención en aquella tierra sombría, situada en los confines noroccidentales del mayor Imperio que habían conocido hasta entonces los siglos, el Califato omeya de Damasco. Uno de sus ejércitos, destacado allí en misión de búsqueda y destrucción de una fuerza rebelde, lleva ya varias jornadas avanzando penosamente, pero mantiene intactas su disciplina y su determinación de cumplir con lo que le ha sido ordenado.

Estamos a finales de octubre del 718 y el ejército expedicionario omeya ha sido enviado a la Asturia Transmontana por orden del valí al-Hurr (en el cargo desde febrero del 716 hasta enero del 719),[4] para librar allí una batalla sobre cuyo desarrollo y pormenores, en puridad, poseemos un único relato extenso redactado en las postrimerías del siglo IX y conservado en dos versiones, rotense y sebastianense.[5] Esa batalla, cuya fecha, en nuestra opinión, se ha fijado de forma errónea el 28 de mayo del 722, se conoce como batalla de Covadonga y fue decisiva tanto en cuanto a sus resultados tácticos y estratégicos, pues supuso la práctica destrucción del ejército expedicionario omeya y determinó que una extensa área situada al norte de la cordillera cantábrica quedara de inmediato libre del dominio califal, como también por sus consecuencias políticas. Estas fueron el nacimiento de un reino independiente, el de Asturias y a su través y a la postre, como reconocerían de forma unánime tanto los cronistas cristianos como los historiadores árabes, el inicio de una larga, intermitente y cambiante sucesión de contiendas que irían restando territorios al dominio musulmán en la península ibérica y alimentando en el nuevo reino astur y en sus sucesores, León y Castilla, el deseo de preservar, de recuperar y de restaurar el perdido *regnum hispaniense* de los godos del que, ya desde el siglo VIII, se creyeron directos herederos: «[…] Que por este pequeño montículo que ves, sea Hispania salvada y reparado el ejército de los godos», escribe el autor de la versión rotense de la Crónica de Alfonso III hacia el año 881.[6] Y la idea de que Covadonga fue una batalla trascendental debido a sus futuros resultados también estaba presente en al-Ándalus y en el mundo musulmán, cuyos historiadores y geógrafos ligaban el posterior avance cristiano y la progresiva mengua de al-Ándalus, al éxito de Pelayo. Al-Maqqari, por ejemplo, y siguiendo a autores andalusíes de los siglos X a XIII, veía como un único proceso histórico el que se inició con la rebelión de Pelayo y concluyó con el fin del dominio islámico en la península ibérica.[7] Podemos estar de acuerdo o no con ellos, pero es lo que pensaban, desde al menos el siglo XI.[8]

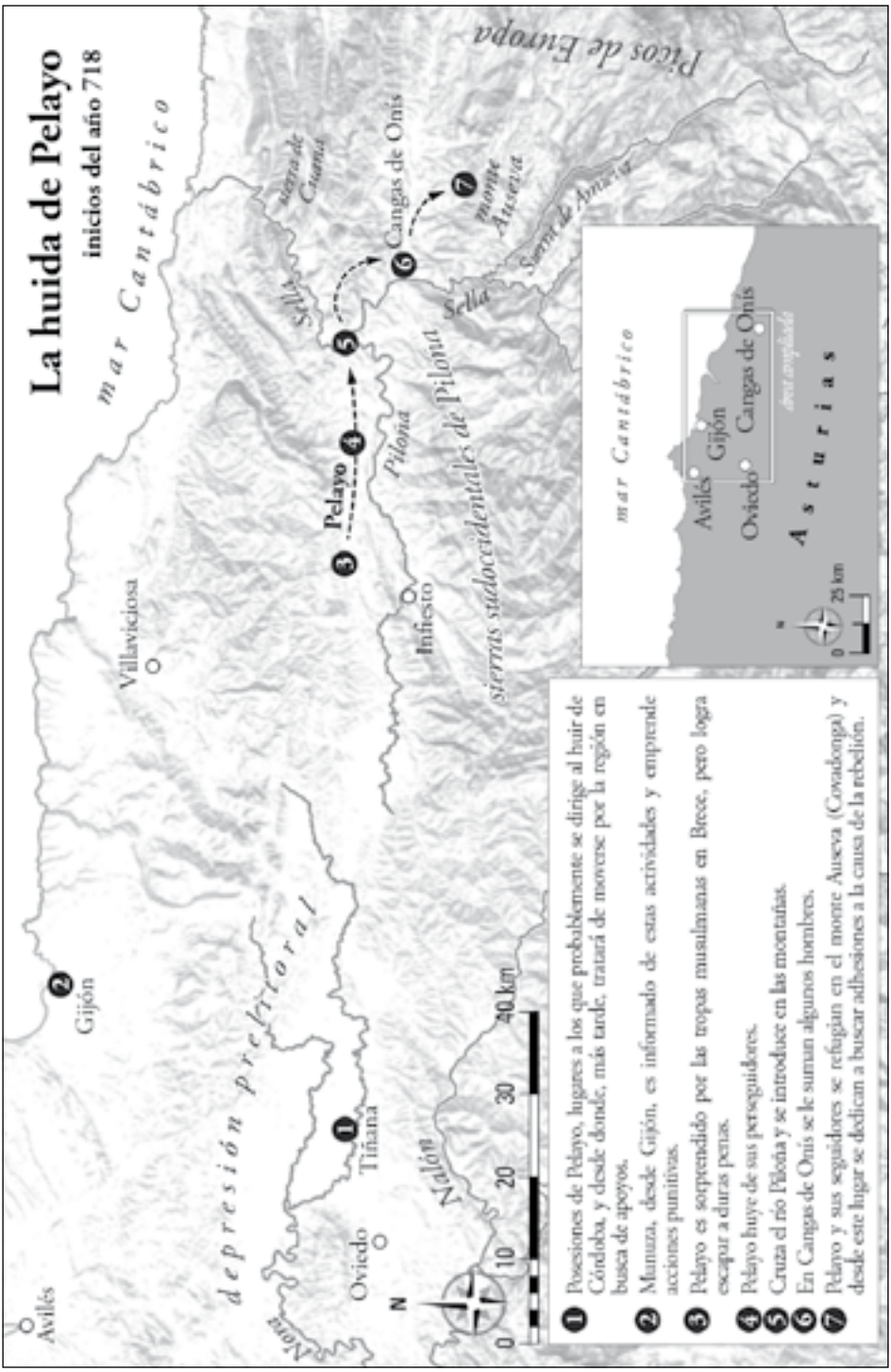
No obstante, ¿cómo se desarrolló tan crucial batalla? Y, lo que es más, ¿es posible bosquejar siquiera cómo sucedió y así entender mejor su trascendencia? Sin duda alguna. Pues, aunque para recomponerla solo contamos con el ya citado único y extenso relato conservado en dos versiones, a él podemos sumar el estudio del contexto político-militar del momento, el del terreno, tan decisivo en cualquier combate, y el de los modos de batallar de los contendientes: el Ejército omeya de Damasco destacado en Hispania y los seguidores de Pelayo, formados, en esencia,

en la tradición militar visigoda. Con todo ello, contexto, geografía y doctrinas militares y modos de combatir imperantes, se puede, en nuestra opinión, reconstruir con un considerable grado de verosimilitud, lo que de verdad ocurrió en Covadonga a finales de octubre del 718.

Advertiremos que, aunque es cierto que el relato transmitido por las crónicas asturianas está, como por otra parte es normal en la Alta Edad Media, tanto si se trata de fuentes latinas como árabes, trufado de referencias bíblicas, anécdotas moralizantes, grandilocuentes discursos y otros aderezos simbólicos, propagandísticos y estilísticos, entre medias de esa catarata retórica, un lector atento puede encontrar hechos que cuadran a la perfección con el contexto geográfico, militar y político de la batalla y que aportan suficiente luz como para comprender, siquiera someramente, el célebre choque bélico.

Pues bien, comencemos: en el revolucionado contexto militar del gran asedio omeya de Constantinopla (717-718), cuando todo el poder militar y naval musulmán se hallaba concentrado ante la capital de los romanos, Pelayo escapó de Córdoba e «ingresó» en Asturias a la cabeza de una pequeña comitiva militar que, sorprendida en Brece, fue prácticamente aniquilada por las tropas de su cuñado, Munuza, gobernador bereber de Asturias o, al menos, de su parte transmontana. Derrotado, perseguido, acosado y acompañado ya solo por un puñado de hombres, Pelayo logró escapar tras cruzar a caballo el crecido río Piloña y terminó siendo elegido como *princeps*, esto es, como rey,[9] por las gentes del lugar y por nobles godos que habían buscado refugio entre ellas.[10] Era la primera vez que algo así sucedía en la provincia hispana del califato y, por ello, no es de extrañar que Munuza, el gobernador local, al verse incapaz de aplastar la rebelión, solicitara tropas a su superior, el valí al-Hurr.

Como constataremos a lo largo de este libro, existen datos más que suficientes para sostener que la verdadera fecha de la batalla de Covadonga fue el 27 de octubre del 718 y que las datas del 722, 733-734, 735 y 737, con las que también se relaciona, no fueron las de Covadonga, sino las de otros enfrentamientos librados por Pelayo contra los ejércitos omeyas.[11] De hecho, Pelayo disputaría, al menos, cinco batallas contra las tropas del Califato omeya. Baste ahora con decir que al-Maqqari, que, al contrario que nosotros, tuvo acceso a todas las versiones transmitidas por las diversas fuentes árabes y las confrontó entre sí, concluyó que, pese a las diversas y contradictorias noticias, la rebelión de Pelayo y su triunfo sobre las fuerzas musulmanas, tuvieron lugar en tiempos del valí al-Hurr.[12] Es decir, en el mismo año que señalan las crónicas asturianas, el 718.


La huida de Pelayo
inicios del año 718
mar Cantábrico
Picos de Europa
depresión prelitoral
sierras suroccidentales de Piloña
Avilés
Gijón
Villaviciosa
Oviedo
Tiñana
Infiesto
Pelayo
Piloña
Sella
Cangas de Onís
monte Auseva
Sierra de Auseva
Nalón
N
0
10
20
30
40 km
Asturias
25 km
1 Posesiones de Pelayo, lugares a los que probablemente se dirige al huir de Córdoba, y desde donde, más tarde, tratará de moverse por la región en busca de apoyos.
2 Munuza, desde Gijón, es informado de estas actividades y emprende acciones punitivas.
3 Pelayo es sorprendido por las tropas musulmanas en Brece, pero logra escapar a duras penas.
4 Pelayo huye de sus perseguidores.
5 Cruza el río Piloña y se introduce en las montañas.
6 En Cangas de Onís se le suman algunos hombres.
7 Pelayo y sus seguidores se refugian en el monte Auseva (Covadonga) y desde este lugar se dedican a buscar adhesiones a la causa de la rebelión.

Y es que, como veremos una y otra vez, los árabes guardaron recuerdo de varias expediciones contra Pelayo y terminaron por confundirlas entre sí y sumarlas en una sola. De modo que ya no supieron con claridad si Pelayo se alzó en tiempos de al-Hurr, en los de Anbasa o en los de Uqba.

Pero regresemos al hilo principal de nuestro relato. Al-Hurr había llegado a Hispania en el 716 y lo había hecho a la cabeza de un nuevo contingente de soldados. Una fuerza escogida y fiel que asentó en Córdoba a modo de ejército de reserva y maniobra,[13] una parte del cual, como hemos visto más arriba, envió al norte contra los rebeldes que comandaba Pelayo.

Puesto que, gracias a fuentes árabes tan antiguas como el Ajbar Machmúa, sabemos que los musulmanes contaban con potentes guarniciones en el noroeste, en Galicia y Astorga, y dado que sabemos que Munuza contaba a su vez con una fuerza militar propia, que derrotó y casi apresó a Pelayo en Brece,[14] que las fuentes insistan en que se despacharon tropas desde Córdoba y por orden del valí nos invita a descartar que la expedición que finalmente se lanzó contra el rebelde rey Pelayo estuviera compuesta por unas decenas o por unos centenares de hombres. Ya que, de ser así, las fuerzas destacadas en Asturias se habrían bastado y sobrado con los refuerzos llegados desde las vecinas Astorga y Galicia. Además, ¿alguien puede creer que, si Covadonga hubiera sido solo una escaramuza sin importancia entablada por unas docenas o unos pocos centenares de combatientes, su resultado inmediato habría sido la evacuación por los árabes de toda Asturias y la constitución de un reino al que, en poco tiempo, se sumarían los hijos del duque Pedro de Cantabria? Y, sin embargo, así fue, y la única manera de explicar todo lo anterior es devolver a la victoria inicial lograda por Pelayo su verdadera dimensión.

De hecho, nuestra fuente principal y casi única para el desarrollo de la batalla, en su versión sebastianense, denomina a la fuerza musulmana congregada contra Pelayo como *exercitus*, término que tiene la connotación de referirse a una tropa profesional[15] con la característica añadida de estar a disposición permanente de la autoridad central, en este caso, el valí de al-Ándalus, cuya fuerza expedicionaria, sin duda, se vería engrosada, cuando llegara al noroeste, con tropas procedentes de las ya referidas unidades destacadas en Astorga, Galicia, León y Gijón.

Pues bien, si atendemos al despliegue ordinario de los ejércitos califales de aquel siglo, entonces deberíamos considerar que estaríamos ante un cuerpo expedicionario, llamado *gays,* ordenado en unidades de diez *muqatila*, o soldados profesionales, que se agrupaban en centenas.

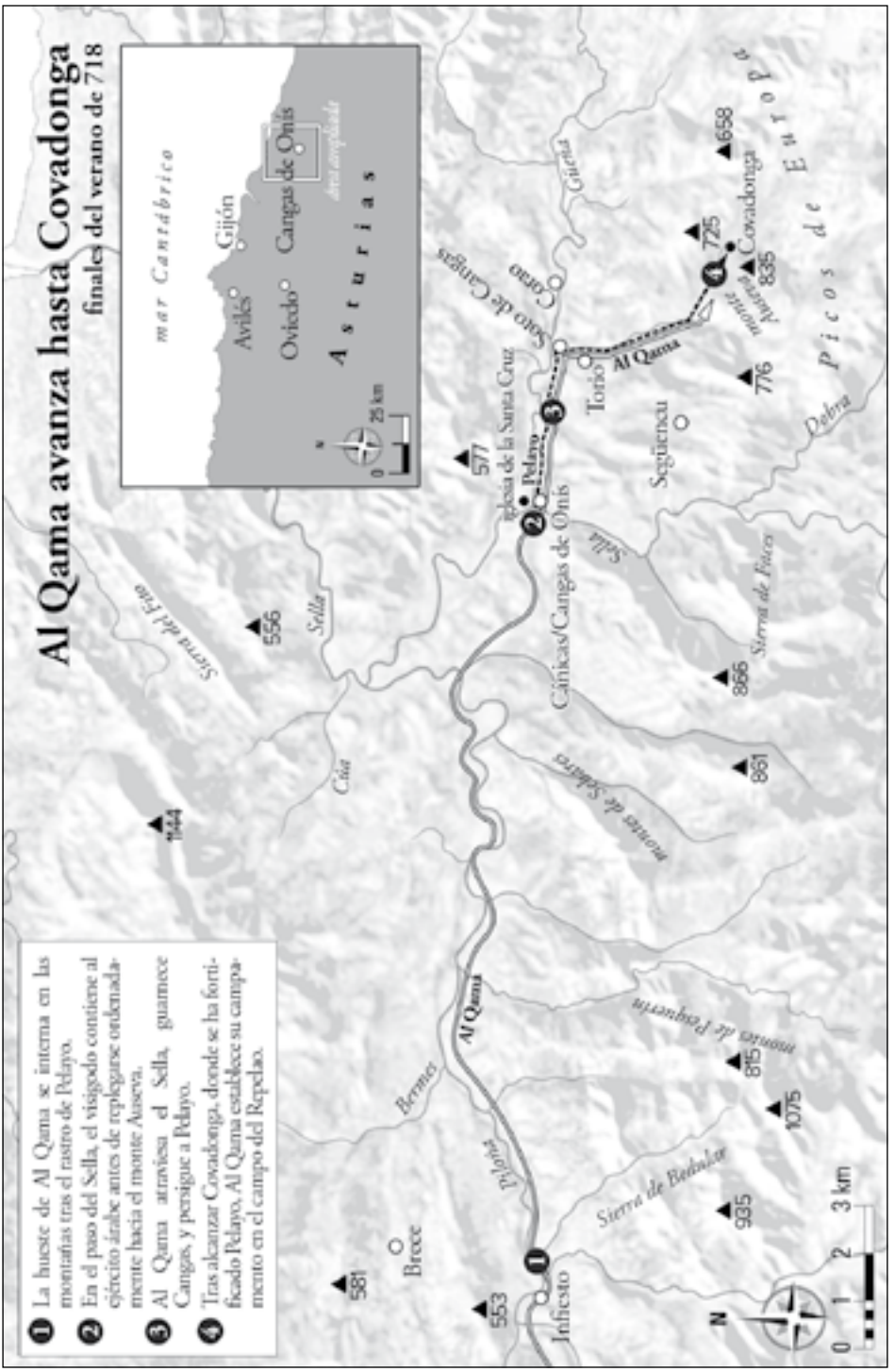
Diez de estas centenas formaban un millar de hombres, dando lugar a una *tabiya*. Y, de estas, se necesitaban tres para conformar una *katiba* de unos tres mil soldados, ejército que, es probable que fuera el que terminó reuniéndose contra Pelayo. Una fuerza expedicionaria considerable, pero no excepcional, pues las cifras de ejércitos musulmanes que operaron en Hispania en este periodo permiten entender la mesura de nuestra propuesta. Así, por ejemplo, Táriq ibn Ziyad reunió frente a don Rodrigo a 13 000 hombres, mientras que Musa ibn Nusair desembarcó con 18 000 y el general omeya al-Marwani reunió a 20 000 en el 756 para combatir contra el valí Yusuf ibn Abd al-Rahman al-Fihrí.[16]

Por tanto, nada hay de extraordinario en que al-Hurr lograra reunir tres mil efectivos para aplastar una rebelión en el norte de la Península. Esa fuerza, de hecho, debía representar, como mucho, la décima parte de la fuerza disponible y su envío es, por ende, bastante verosímil. Máxime cuando ya señalamos que los efectos de su derrota y destrucción fueron inmediatos y contundentes: la pérdida de control sobre un área de más de diez mil kilómetros cuadrados y la instauración de un reino independiente del poder califal. En consecuencia, en nuestra opinión, tan disparatada es la cifra de 187 000 soldados musulmanes dada por la Crónica de Alfonso III como las que pretenden reducir la batalla a una mera escaramuza fronteriza que, de haber tenido lugar, jamás habría alterado el panorama político del 718.

Así que debemos imaginar al ejército que se lanzó contra el rebelde Pelayo como una fuerza considerable. Un ejército formado por dos o tres millares de guerreros bien encuadrados y armados. Sí, y veteranos. Pues la fuerza enviada contra Pelayo estaba integrada, a tenor de los hechos bélicos inmediatamente precedentes, por veteranos acostumbrados a vencer.[17]

Estaríamos, por consiguiente, ante una fuerza de élite que disfrutaba de autonomía operativa, logística interna, es decir, dotada con su propio tren de bagajes constituido por mulas que portaban herramientas, armas y víveres, amén de provista de una estructurada cadena de mando a cuya cabeza se encontraba el caíd que nuestra fuente principal denomina como Al Qama. Este era un jefe experimentado, pues la crónica, en su versión sebastianense, señala que fue compañero de Táriq ibn Ziyad, el vencedor de los ejércitos visigodos en las batallas decisivas de los Montes Transductinos y Écija, libradas en el 711: «quien también había participado con Ṭáriq en la invasión de Hispania».[18]

Y ¿qué podía oponer Pelayo a ese ejército veterano formado por tres millares de efectivos? Pues bien, las crónicas asturianas denominan a los miembros de la hueste de Pelayo como *socii,* lo que, en el contexto


Al Qama avanza hasta Covadonga
finales del verano de 718
1 La hueste de Al Qama se interna en las montañas tras el rastro de Pelayo.
2 En el paso del Sella, el visigodo contiene al ejército árabe antes de replegarse ordenadamente hacia el monte Auseva.
3 Al Qama atraviesa el Sella, guarnece Cangas, y persigue a Pelayo.
4 Tras alcanzar Covadonga, donde se ha fortificado Pelayo, Al Qama establece su campamento en el campo del Repelao.
mar Cantábrico
Avilés
Gijón
Oviedo
Cangas de Onís
Asturias
0 25 km
Sierra del Fito
Sella
Cea
Bermes
Piloña
Al Qama
Infiesto
Brece
Sierra de Benúsa
monte de Paquerín
monte de Sellarés
Cánicas/Cangas de Onís
iglesia de la Santa Cruz
Pelayo
Soto de Cangas
Carno
Güeña
Torió
Al Qama
Seguéscau
Sierra de Fíoco
Deba
Picos de Europa
monte Auseva
Covadonga
581
553
935
815
1075
1144
556
577
866
861
776
835
725
658
N
0 1 2 3 km

de la época y del hecho que se describe, viene a significar «compañeros de armas». Dicho de otro modo, en Covadonga se enfrentarían un ejército veterano y profesional y una hueste rebelde de carácter irregular, formada por tropas de muy variada procedencia, experiencia y equipo, cuyo único nexo, en puridad, era el común juramento de fidelidad a su señor guerrero, el antiguo espatario de los reyes Witiza y Rodrigo, convertido en rebelde y junto al que ahora tenían que enfrentar a una fuerza expedicionaria potente y profesional, del mejor ejército de la época, el de los omeyas de Damasco.

Queda por averiguar con cuántos hombres se enfrentó Pelayo a semejante fuerza. Todo indica que pudo reunir entre mil y dos mil hombres para luchar contra los tres mil que marchaban contra él. Pues, como veremos a continuación, una cifra menor de mil hombres no podría explicar la táctica seguida por el rey rebelde, ni su éxito, ni su rápido dominio sobre un extenso territorio. En nuestra opinión, tras un exhaustivo estudio del territorio y de las posibilidades que ofrece para una batalla como la que bosqueja nuestra fuente, lo lógico sería pensar que Pelayo tuvo que disputar al enemigo el principal vado del río Sella, el Salia de los antiguos. Dicho vado es el que se sitúa justo enfrente de la actual iglesia de la Santa Cruz de Cangas de Onís que, alzada sobre el pequeño montículo dolménico, ofrece una posición dominante sobre un extenso llano que permite disponer una fuerza considerable para oponerse a un enemigo que pretendiera cruzar el río. Y ¿por qué creemos que así fue? Porque, de otra manera, no se entendería la famosa inscripción que su hijo y sucesor, Favila, mandó colocar en la iglesia el 27 de octubre del 737. En ella se exalta y celebra, con un significativo guiño constantiniano el «triunfo de la Cruz». Dicha iglesia, al consagrarse a finales de octubre del 737, es decir, apenas dos meses después de la muerte de Pelayo, tuvo que ser iniciada y prácticamente construida por completo por el primer rey de Asturias, lo que constituyó una pétrea conmemoración de su primera y decisiva victoria.[19]

Y es que esa acción, la de defender inicialmente el paso del río, tiene toda la lógica militar si estudiamos el terreno y lo poco que sabemos sobre la batalla: ¿Cómo podía lograr Pelayo que el veterano y curtido Al Qama se internara en las cumbres y despeñaderos que rodean el monte Auseva? Pues planteándole un combate donde le ocasionara bajas suficientes como para provocar lo que se denomina una «persecución en caliente».

Podemos imaginar a unos centenares de hombres de muy diverso origen y armados de forma dispar, acaudillados por un antiguo espatario de los reyes visigodos, plantados ante el vado principal de un río. Su objetivo es defenderlo de un disciplinado ejército de veteranos enviado



Cangas de Onís vista desde la cuesta de Llueves, en una fotografía publicada en *Asturias: su historia y monumentos, bellezas y recuerdos, costumbres y tradiciones*, una obra publicada en tres tomos entre finales del siglo XIX y XX, y dirigida por Octavio Bellmunt y Traver (Avilés, 1845-Gijón, 1910), médico asturiano interesado también por la historia, la fotografía y el patrimonio, y Fermín Canella.

para acabar con una rebelión en el confín de un Imperio cuyas fronteras se extendían de la India al Atlántico. Sin duda, fue un comienzo épico que tuvo que colmarse con el ondear de los estandartes, los gritos de la batalla, las invocaciones a Alá y a Cristo, los duelos de campeones y un reñido y generalizado combate que tornaría carmesí la orilla del río.[20] Luego, forzado el vado y con la adrenalina del combate en las venas, los veteranos *muqatila* árabes y sus auxiliares bereberes e hispanos se dejarían arrastrar al arriscado lugar donde el antiguo espatario esperaba poder ofrecerles una última y decisiva resistencia.

Esa tuvo que ser la táctica pelágida, sin duda, pues ¿por qué no defender una posición, la del vado del río, que invalidaba, en no poca medida, la superioridad numérica del enemigo a la par que permitía contar con la posibilidad, por remota que fuera, de preservar Cánicas, base y cabeza de la rebelión pelágida? De manera que un primer choque, uno duro y sangriento sostenido por el control del vado que queda frente a la dolménica altura sobre la que se eleva la iglesia erigida por Pelayo y consagrada por su hijo tras el triunfo de la cruz, explicaría no solo la construcción de dicho templo y su constantiniana inscripción conmemorativa, sino también y, sobre todo, por qué un

veterano general, Al Qama, y sus curtidos guerreros, cometieron el fatal error de adentrarse en una tierra tan apta para emboscadas como la que rodea al monte Auseva.

EMBOSCADA Y BATALLA

¿La estrategia de Pelayo fue premeditada? Por supuesto, ya que los hechos que a continuación detalla el cronista indican, sin lugar a dudas, que, desde el principio, Pelayo había preparado una batalla en tres fases: el combate por el control del vado, la huida fingida hasta unas posiciones previamente fortificadas, y, después de que el enemigo sitiara brevemente estas posiciones, la inesperada salida de Pelayo y los suyos contra los sitiadores, en coordinación con las tropas emboscadas a retaguardia y en los flancos del ejército omeya.

Veámoslo. El combate en Cánicas por el control de los vados permitió a Pelayo conocer el número y la calidad de la fuerza enemiga a la que se enfrentaba. Así que, tras ocasionarle cuantas bajas pudo, ordenó un apresurado repliegue de los suyos, que los musulmanes, claro está, debieron interpretar como una empavorecida fuga: «Se retiró al monte Auseva», o también, «se refugió en el monte Auseva».[21] Dicho de otro modo, se trató de una retirada a un lugar recóndito y, como veremos, previamente provisto de fortificaciones de fortuna que transformaron en un lugar inexpugnable el elegido para la última y decisiva resistencia frente al ejército musulmán.

La rotense manifiesta ese carácter «fortificado» o «inexpugnable» de la posición elegida por Pelayo al describirlo como «una caverna que sabía segurísima».[22] En efecto, era aquel un paraje fuerte, situado sobre un lugar elevado, aunque no en demasía,[23] en cuya ladera se significaba una singular cueva cuya boca era visible desde la ruta de acceso que la comunicaba con Cánicas y de cuyas pétreas entrañas, surgía y surge, el río Enna, nuestro actual Deva, que, al brotar y caer desde ella, había excavado una poza y un cauce que funcionaban como un formidable «foso».

Tras ponderar cuidadosamente la topografía, los métodos de combate y los datos de las fuentes, con la ayuda de don Pedro Luis Gutiérrez Alcalá, general jefe de la Brigada «Almogávares» VI de Paracaidistas, debemos aceptar que el talud rocoso sobre el que hoy se asientan la antigua colegiata y la casa de ejercicios conformaban un *continuum* con la cavidad de la ahora llamada Santa Cueva, o que, al menos, era factible establecer esa continuidad mediante alguna estructura apoyada en un puente. En ese bastión, que pudo tener una longitud aproximada de

casi cien metros por unos veinte de fondo, es decir unos dos mil metros cuadrados, se podrían ubicar, bien protegidos y en unas condiciones mínimas de habitabilidad, una cantidad importante de combatientes que, si siguiésemos modelos tácticos y logísticos actuales, podríamos llegar a estimar, *grosso modo*, en unos cuatrocientos, a razón de unos cinco metros cuadrados por hombre, lo que deja un veinte por ciento del espacio disponible para albergar pertrechos y víveres. Además, si observamos el terreno circundante, es fácil colegir que otro considerable número de hombres armados podría refugiarse o esconderse en el Cueto de Arbas, que se alarga, unciforme, desde el flanco noroeste hacia el este, donde ahora se encuentran la basílica y las casas de canónigos. Estos lugares debían formar, por entonces, un promontorio arriscado, rebosante de matorral bajo, tojos, ginesteras, brezos y helechos y, por tanto, difícilmente penetrable a pie.

Si tenemos presente la disposición del terreno descrita anteriormente, podemos afirmar, sin temor alguno a exagerar, que era adecuado para que millares de hombres se hicieran fuertes o se escondieran de un enemigo que, creyéndose victorioso, los persiguiera hasta allí. No obstante, Pelayo no contaba con millares, sino a lo sumo con mil quinientos efectivos: la mitad de los enviados contra él por el valí al-Hurr según nuestra reconstrucción de los hechos. Pero fuera cual fuese el número exacto de los rebeldes, allí, en la cueva y en su entorno, contaban con abundante agua y, claro está, con suficientes víveres para sostenerse frente al enemigo durante un tiempo prudencial.

Conviene recordar que la fuente, el cronista, evoca que la cueva era «segurísima», de forma que esa aseveración no solo invita a pensar en lo quebrado del terreno y en la dificultad del acceso al refugio, sino en que este estaba fortificado, bien con cuidadosa premeditación, bien de forma apresurada. En ambos casos, y como hemos visto, el lugar se prestaba para que, mediante una empalizada o, incluso, empleando un amontonamiento de piedras, tierra, ramas y troncos, se pudiera transformar en un fortín cuyas dimensiones alcanzarían los mencionados dos mil metros cuadrados, espacio que, aún restando el reservado a la impedimenta, y siguiendo a Vegecio y a otros tratadistas del periodo, ofrecería sitio de sobra a una formación densa de setecientos ochenta hombres. No obstante, puesto que una posición defensiva en altura como esta debía sobre todo permitir que sus defensores pudieran hacer la mayor cantidad de fuego sobre el enemigo, lo de verdad plausible y adecuado, sería concluir que Pelayo dispondría en ella, con comodidad y aprovechando al máximo la potencia de fuego de sus honderos,



Puntual diseño del devoto santuario de María Santísima de Covadonga (1759-1760), estampa sobre seda, aguafuerte y buril; dibujo de Antonio Miranda Cuervo y grabado por Jerónimo Antonio Gil. Se trata de un diseño idealizado, una «topografía devota» que yuxtapone e integra diferentes motivos vinculados a la iconografía y devoción de la Santísima Virgen de Covadonga. Es interesante su reflejo del santuario previo al incendio y destrucción que él mismo sufrió en 1777. Biblioteca Nacional de España, Madrid.

lanzadores de dardos y venablos y fustibaleros, de entre trescientos y cuatrocientos combatientes, bien provistos de proyectiles y de todo lo necesario para aguantar un improvisado y, por ende, corto asedio.[24]

¿Cómo se desarrolló, entonces, la segunda fase de la batalla, la librada al pie de la Santa Cueva? Tras tomar Cangas de Onís y dejar en ella una potente reserva que garantizara tan importante cruce de caminos, el paso del río y la ruta de regreso, los musulmanes avanzarían por las dos veredas para ganado que, con toda probabilidad, comunicaban ya por entonces el *vicus viarius* de Cánicas con el *locus* covadongués. Y harían esto porque se hallaban en mitad de una persecución en caliente de una fuerza que se les había opuesto, les había infligido numerosas bajas y ahora, derrotada y en fuga, subía monte arriba en aparente desorden. Además, no olvidemos que el objetivo del *exercitus* que capitaneaba Al Qama era capturar o eliminar al rebelde, arrancando de raíz cualquier resistencia a la autoridad del califa.

Así que los soldados omeyas ascendieron hasta las faldas del Auseva y, a tenor de lo afirmado en las dos versiones cronísticas alfonsinas, rodearon la posición pelágida –*exercitus circundedit*– y procedieron a



Fotografía con el aspecto actual de la Santa Cueva de Covadonga y la colegiata de San Fernando, sobre una estribación del Monte Auseva. Este conjunto pudo ser la posición fortificada de Pelayo que señalan las crónicas asturianas. © Francisco Aguado Blázquez.

levantar un campamento, al que se describe conformado por *innumera temptoria*, es decir, innumerables tiendas.[25]

¿Era un campamento fortificado? En efecto, pues los ejércitos omeyas de Damasco levantaban, incluso cuando marchaban, jornada tras jornada y ya avanzaran o retrocedieran, campamentos fortificados protegidos con fosos:

> Los primeros muslimes recurrían en sus guerras a la excavación de un foso en torno a su campamento […] con esa precaución trataban de evitar la sorpresa que puede traer el sueño y el peligro de un ataque nocturno por parte del enemigo […]. Por eso, cuando levantaban sus tiendas en un sitio para hacer un alto, lo fortificaban rodeándolo de un cinturón de trincheras a efecto de impedir al enemigo penetrar en el campamento en un ataque nocturno.[26]

El texto que acabamos de citar es de Ibn Jaldún y nos muestra lo que al respecto exigía la doctrina de guerra omeya de los siglos VII-VIII: la fortificación de los campamentos de marcha se verifica en una campaña tan próxima a la de Covadonga como fue la llevada a cabo

por Táriq ibn Ziyad entre abril y julio del 711 en las regiones meridionales de la actual provincia de Cádiz y que concluiría con la famosa batalla de la laguna de La Janda o de los Montes Transductinos. ¿Se recuerda que Al Qama es distinguido por el autor de la Crónica de Alfonso III como compañero de armas de Táriq? Pues bien, su jefe en la campaña de 711, Táriq ibn Ziyad, fortificó su campamento y por eso nada impide pensar que Al Qama haría otro tanto cuando se topara con las arriscadas y fortificadas posiciones donde se había retirado Pelayo, máxime cuando el cronista del 881 menciona de forma explícita ese campamento. En consecuencia, las fuentes árabes nos describen cómo fue el campamento fortificado de Táriq en el 711 y, de esa manera, nos ofrecen una idea precisa de cómo pudo ser el erigido por Al Qama en el 718: «Un buen campamento, que rodearon con terraplenes y trincheras».[27]

¿Pudo el ejército musulmán instalar un campamento conforme a lo que era costumbre en los ejércitos omeyas del momento en un lugar tan abrupto como el del paraje de Covadonga? Sin duda. Comenzaremos por señalar que el campamento de la hueste musulmana debió ubicarse a más de trescientos metros de distancia del reducto fortificado de Pelayo y los suyos. Y esto lo sabemos porque esa es la distancia segura que permite escapar de los tiros de honda, fustíbalo y arco que los rebeldes pudieran dirigir contra ellos, todo lo cual nos inclina a sostener que el campamento de Al Qama estaría localizado en el paraje hoy conocido como campo del Repelao, un llano idóneo para tal fin, siquiera porque no hay otro paraje en las cercanías que permita en él la instalación y disposición adecuada de miles de hombres. Pues, con sus casi doce mil metros cuadrados, extendidos entre el río Reinazo y las laderas del Cueto de Arbas y del propio monte Auseva, en él se podrían establecer hasta unas quinientas tiendas del tipo que solían usar los ejércitos omeyas y bizantinos del periodo, con capacidad para albergar entre seis y diez hombres cada una.[28] Es decir que, en aquel terreno, se habría podido disponer un campamento omeya apto para cobijar a una fuerza de tres mil efectivos.

Así que podemos imaginar que, tras la persecución monte arriba, Al Qama y sus guerreros se toparon con las fuertes posiciones de Pelayo y los suyos y optaron por hacer lo que les exigía la doctrina militar omeya imperante: plantar un campamento fortificado para iniciar lo que se presentaba como un corto asedio que debía concluir con la rendición o con el exterminio del enemigo. Para ello, el jefe musulmán mandaría noticia a la fuerza que había quedado atrás en Cánicas y reclamaría el envío de las tiendas y pertrechos necesarios.

Libro completo aquí

Pelayo. Ese nombre por sí solo evoca la rebeldía de un hombre indomable que, contra toda esperanza, se mantuvo en pie y bravo ante un poder que parecía imparable. Un poder, el Califato omeya, ante el cual, imperio tras imperio, reino tras reino, pueblo tras pueblo, había hincado la rodilla, desde la India hasta Hispania. Y frente a ese poder que parecía omnímodo, que a punto estuvo de hollar los muros de Constantinopla y de desbordarse allende los Pirineos, un hombre y unas montañas: Pelayo y Asturias. Un hombre que nació en un poderoso reino, el de la Hispania visigoda; que perteneció a su élite; que participó de sus despiadadas luchas intestinas por el poder. Un hombre que vio desaparecer, bajo el peso de muchos infortunios, su mundo. Este libro recupera la figura de ese hombre, de Pelayo, y lo hace dentro del contexto de su tiempo, el de las grandes conquistas árabes y el final del reino godo, pero también el del nacimiento de otro reino, Asturias, que sería capaz de enfrentar la marea islámica y germinar luego en León y Castilla.

José Soto Chica, con su maestría narrativa y su profundo conocimiento de la Tardoantigüedad, y Francisco Aguado, bizantinista y experto en el reino de Asturias, viajan de Toledo a Damasco, de Constantinopla a Cangas de Onís, de Sevilla a Poitiers y de la cordillera cantábrica a la del Pamir. Porque la vida de Pelayo que ellos rescatan es un vuelo de águila sobre una biografía y un tiempo tan universales como apasionantes y desconocidos. Y, junto al rey rebelde, una constelación de grandes personajes, hispanogodos, árabes, bereberes, bizantinos, francos… Hombres y mujeres sin los que es imposible entender al primer rey de Asturias y su gesta. Pelayo, un rey rebelde, el hombre que plantó las semillas de una resistencia y una confrontación, la de los herederos cristianos del viejo reino godo contra el al-Ándalus musulmán, que en los siglos siguientes definiría buena parte de nuestra historia y nuestro devenir.

ISBN:979-13-991538-2-8
9 791399 153828
P.V.P.: 24,95 €

HISTORIA MEDIEVAL